

Humanitas

Universidad Autónoma de Nuevo León
Anuario del Centro de Estudios Humanísticos

Núm. 37 Vol. IV
Enero-Diciembre 2010

Historia



UANL®



Dr. Jesús Áncer Rodríguez
Rector

Ing. Rogelio G. Garza Rivera
Secretario General

Dr. Ubaldo Ortiz Méndez
Secretario Académico

Lic. Rogelio Villarreal Elizondo
Secretario de Extensión y Cultura

Dr. Celso José Garza Acuña
Director de Publicaciones

Lic. Alfonso Rangel Guerra
Director del Centro de Estudios Humanísticos
Editor responsable

Mtro. Francisco Ruiz Solís
Corrección de estilo y cuidado editorial

Lic. Juan José Muñoz Mendoza
Diseño

Lic. Adriana López Montemayor
Circulación y administración

Humanitas, Año 37, N° 37, Enero-Diciembre 2010. Fecha de publicación: 15 de enero de 2011. Revista anual, editada y publicada por la Universidad Autónoma de Nuevo León, a través del Centro de Estudios Humanísticos. Domicilio de la publicación: Biblioteca Universitaria Raúl Rangel Frías, piso 1º, Av. Alfonso Reyes, No. 4000 Nte., Col. Regina, Monterrey, Nuevo León, México, C.P. 64440. Tel. + 52 81 83294000 ext. 6533. Fax: +52 81 83 29 40 00 ext. 6556. Impresa por la Imprenta Universitaria, Ciudad Universitaria s/n, C.P. 66451, San Nicolás de los Garza, Nuevo León, México. Fecha de terminación de impresión 20 de diciembre de 2010. Tiraje: 500 ejemplares.

Número de Reserva de Derechos al uso exclusivo del título *Humanitas* otorgada por el Instituto Nacional del Derecho de Autor: 04-2009-091012392000-102, de fecha 10 de Septiembre de 2009. Número de certificado de licitud de título y contenido: 14,909, de fecha 16 de agosto de 2010, concedido ante la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. ISSN: En trámite. Registro de marca ante el Instituto Mexicano de la Propiedad Industrial: 1,169,990.

Las opiniones y contenidos expresados en los artículos son responsabilidad exclusiva de los autores.
Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier forma o medio, del contenido editorial de este número.

HUMANITAS ANUARIO

CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS DE LA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Director Fundador

Agustín Basave Fernández del Valle

Director

Alfonso Rangel Guerra

Jefe de la Sección de Filosofía

Cuauhtémoc Cantú García

Jefe de la Sección de Letras

Alma Silvia Rodríguez Pérez

Jefe de la Sección de Ciencias Sociales

Ricardo Villarreal Arrambide

Jefe de la Sección de Historia

Israel Cavazos Garza

ANUARIO
HUMANITAS 2010

Historia

Israel Cavazos Garza
Coeditor

La trascendencia de lo inmediato: John Reed o el relato del presente como historia¹

Celso José Garza Acuña*

UANL

Para mis colegas reporteros culturales, en particular Edmundo Derbez y Hernando Garza.

A MIS NUEVE AÑOS DE EDAD quería ser arquitecto. Mi abuela Josefina me preguntó entonces qué quería ser de mayor. “¡Arquitecto!”, le dije. Crecí con esa idea hasta que en el bachillerato descubrí lo desastroso de mi dibujo técnico. Entonces, por razones menos extrañas, decidí estudiar periodismo, una profesión a la que aspiró mi padre, Celso Garza: profesor de educación básica y cronista de su pueblo natal. Papá participó durante la turbulenta década de los sesenta en el Partido Comunista Mexicano como dirigente y como responsable de la edición de diversos panfletos. Con los años y las transformaciones que dejaron atrás batallas de utopía, papá abandonó la militancia y el clandestinaje para ejercer actividades académicas y culturales. Cuando papá se enteró que decidía estudiar periodismo hizo todo por estimular mis impulsos y mis ambiciones profesionales. El tiempo y las circunstancias hacían que mi vocación

¹ Trabajo de ingreso a la sociedad nuevoleonense de Historia, Geografía y Estadística, leído en la sesión del 21 de noviembre de 2009.

* Monterrey 1971. Cursó periodismo en la UANL. Doctor en periodismo por la Universidad Complutense de Madrid. Actualmente se desempeña como director de publicaciones de la UANL.

estuviera cercana y ligada a sus afanes. Mientras él estaba dedicado al estudio del pasado como historiador, yo iniciaba la aventura del registro del presente como periodista.

Para comenzar mi viaje, papá colocó en mi equipaje una serie de libros fundamentales para mí, entre los que destacan *México Insurgente* y *Diez días que estremecieron al mundo*, de John Reed. Con títulos como éstos fui descubriendo los lazos existente del periodismo con la historia y la literatura, sistemas de aproximación a la realidad. El periodismo, la historia y la literatura tienen puntos en común: la credibilidad como finalidad y el relato como instrumento vigente que otorga sentido a la realidad; la realidad del pasado en el caso de la historia; la realidad del presente, en el caso del periodismo; la realidad inventada, soñada, modificada, en el caso de la literatura. Estas tres posibilidades de acercamiento a la realidad confluyen así, pero toman distancia entre sí por sus métodos: la ficción y la ambigüedad de la literatura; la precisión y la verificación de lo que se escribe con la realidad y la documentación que implican la historia y el periodismo. El periodismo es nutriente para la historia como fuente, como documentación; la historia robustece al periodismo cuanto éste convoca a Clío para proporcionar antecedentes y contextos. Y ambos, historia y periodismo, fortalecen a la literatura como procedimientos para alcanzar una verosimilitud extrema. Con esta dialéctica resulta impostergable la documentación del presente para el mañana, desde las pequeñas hecatombes individuales y los triunfos particulares hasta las desgracias colectivas y las victorias comunes. El tiempo es generoso en otorgar razonamiento y comprensión de la realidad. Pero sólo el periodismo tiene las condiciones para encarar la realidad actual y registrar la violencia de nuestros días; la historia y la literatura llegarían posterior para asimilar, interpretar y hasta transformar esa realidad mostrada por el periodismo. En este sentido, el caso de John Redd es ejemplar y pertinente ahora que estamos a la vuelta de un año de la conmemoración del centenario de la Revolución Mexicana.

John Reed nació en una casa distinguida, ubicada en la colina más alta y poblada que mira hacia Portland, Oregon. Treinta y tres

años después murió en Moscú; está enterrado bajo la muralla del Kremlin. Los biógrafos de nuestro autor dicen que entre estos dos acontecimientos corre una vida difícil de igualar en energía creadora, sed de aventuras y poder para inspirar toda clase de leyendas.

El paso de Reed por la vida fue breve, alegre y feroz. Su insaciable apetito existencial corrió parejo de una vitalidad inextinguible. Fue muchas cosas: poeta revolucionario en Harvard, “playboy” en el Greenwich Village neoyorquino, amante de las mujeres (y de la vida), corresponsal de guerra durante la campaña de Pancho Villa en México y en los frentes de oriente y occidente durante la Primera Guerra Mundial, propagandista y agitador revolucionario, amigo de Lenin y Trotsky, autor de la obra *Diez días que conmovieron al mundo*, oficial en el primer gobierno soviético (y su primer “mártir” americano) y santo patrón del Partido Comunista Americano. Todo eso en el espacio de doce años incandescentes. [...]. Por cuna y ascendencia parecía mucho más preparado para defender el “status quo” que para atacarlo.³

John Reed fue un hombre culto. Optó el grado de doctor en literatura por Harvard en 1910, el año en que estalló la Revolución Mexicana. Pero abandonó su boyante mundo para favorecer a los desvalidos a través del periodismo de combate. Fue un Robin Hood del periodismo. Un radical que encontró, en los movimientos revolucionarios inaugurales del siglo XX, el filón para comprometerse por medio del periodismo. La Revolución de México de 1910 y la Revolución de Octubre de 1917 no le volvieron radical: por su radicalismo, esos acontecimientos tienen forma y sentido perpetuo en sus obras *México Insurgente* y *Diez días que estremecieron al mundo*. Si los constitucionalistas mexicanos y los bolcheviques rusos construyeron la historia con sus victorias, Reed la relató en sus crónicas y reportajes.

Precisamente en los momentos de apogeo de aquellas revueltas, en los hitos de esas revoluciones, Reed estuvo allí para tomar nota de primera mano y transmitir los hechos exaltando las causas y con

³ O’CONNOR Richard y WALKER, Dale L. (1973): *El revolucionario frustrado. Una biografía de John Redd*. Traducción de Margarita García de Moró. Barcelona, Grijalbo, pp. 7-8.

un sentido de epopeya, sin olvidar las dosis de ironía y humor característico del periodismo de guerra de aquellos años.⁴ Porque la obra de Reed habrá que ubicarla y entenderla en el contexto de la era de esplendor romántico de los corresponsales de guerra. El mismo Reed lo deja ver cuando en una página de *México Insurgente* recuerda a Richard Harding Davis,⁵ el famoso corresponsal que recibió del presidente norteamericano McKinley el ofrecimiento del grado de capitán del ejército:

Juan Vallejo había llegado a la base de los cerros, dos tercios de un kilómetro adelante. Lo vi trepado por una pequeña altura. De pronto aparecieron tres hombres armados detrás de él y levantaron un vocerío. Miró a su alrededor, tiró su rifle lejos, entre la maleza, y echó a correr para salvar el pellejo. Le dispararon, pero se detuvieron para recoger el fusil. Él desapareció sobre la cumbre: ellos también.

Yo corría. No sabía que hora era. No estaba asustado. Todo parecía increíble, como una página de Ricardo Harding Davis. Me pareció

⁴ La figura del corresponsal de guerra surgió y se desarrolló durante la guerra de Secesión Norteamericana del siglo XIX. Manuel Leguineche en su libro *“Yo pondré la guerra”* (Madrid, Ediciones de El País, 1998), dedicado a estudiar, desde la perspectiva biográfica del magnate William Randolph Hearst, la actuación de la prensa durante la guerra estadounidense-española en Cuba en 1898; documenta al respecto y dice que al período comprendido entre 1865 y 1914 se le conoce como la edad de oro del corresponsal de guerra por una infinidad de libertades otorgadas a los reporteros a fin de tomar nota desde los mismos frentes. Leguineche señala que esas libertades duraron hasta la I Guerra Mundial. Después llegan la estrecha censura, la mentira, el alejamiento del periodista de los frentes de guerra. La verdad es la que quieren los respectivos ejércitos. Un periodista debe ser antes un patriota que un informador veraz. Durante la II Guerra Mundial esa patriótica censura hizo que periodistas novelistas como Steinbeck tratan de burlar a los censores con citas alusivas de, por ejemplo, la guerra de las Galias de Julio César. La guerra de Corea fue la gran época de los fotorreporteros, de la revista *Life* y otras. La niebla de la guerra se levantó en Vietnam, donde los militares norteamericanos nos dejaron manos libres”.

⁵ Al documentar el periplo del magnate de prensa Hearst por ganar la guerra informativa en el conflicto de Cuba de 1898, Leguineche cuenta en *“Yo pondré la guerra”* sobre la participación de Richard Harding Davis. De él dice en una página (177): Había pasado por la universidad, era un dandi, con sus bien cortados trajes ingleses y su bastón en la mano. Un genio de la autopropaganda. Enviaba a los diarios notas sobre cualquiera de sus intervenciones en el campus universitario. Así

que sino escapaba no desempeñaría bien mi cometido. Seguí pensando para mis adentros: –Bueno, esto es ciertamente una experiencia. Voy a tener algo sobre lo cual escribir.⁶

En algún momento Reed habría dicho que lo único que intentaba como reportero era interpretar la vida y vivirla –No soy socialista, como tampoco soy episcopal⁷-. Penetró con profundidad en los escenarios y en las relaciones con los protagonistas de las revoluciones a las que asistió. Hizo suyo el trayecto de los otros y eso lo patentó en una primera persona del plural que encontramos tanto en *México Insurgente*, cuando acompaña por ejemplo a los revolucionarios:

Había ciento cincuenta de los nuestros apostados en La Cadena, el lugar más avanzado de todo el ejército maderista en el occidente. Nuestra misión era la de guardar un paso: el de la Puerta de La Cadena; empero, el grueso de las tropas estaba acuartelado en la hacienda, a quince kilómetros de distancia.⁸

Como en *Diez días que estremecieron al mundo*, cuando asiste a una de las asambleas bolcheviques:

Lenin se levantó inmediatamente de su sitio: “Nosotros queremos una paz justa, pero no tenemos la guerra revolucionaria... Es muy probable que los gobiernos imperialistas no respondan a nuestro llamamiento, pero no debemos plantearles un ultimátum que sea demasiado fácil rechazar... Si el proletariado alemán ve que estamos dispuestos a examinar cualquier proposición de paz es posible que

se hizo con un nombre. El periodismo de viajes sería su salida natural. El jactancioso Richard informó desde África, Oriente Medio o Centroamérica. Creía en la superioridad de la raza anglosajona. El éxito de sus novelas dio alas a su altanería. En otra página (215), Leguineche recuerda que el presidente McKinley le ha ofrecido a Richard el grado de capitán en el ejército, pero que éste lo rechazó aunque serviría de correa de transmisión de los partes oficiales. Son patriotas antes que periodistas.

⁶ REED, John (1982): *México Insurgente y Diez días que estremecieron al mundo*. Prólogo de Juan de la Cabada. México, Editorial Porrúa, Colección “Sepan cuantos...”, p. 51. (En otras referencias bibliográficas podrán encontrarse traducciones del título de la obra de Reed sobre la Revolución de Octubre como *Diez días que conmovieron...*. En el caso de la edición estudiada, la traducción refiere al respecto: *estremecieron*).

⁷ O’CONNORD, Richard y WALKER Dale L. El revolucionario frustrado. Una biografía de John Reed. *Op. cit.*, p. 107.

⁸ John REED. *Op. Cit.* p 35.

eso sea la última gota que desborde la taza y en Alemania estalle una revolución...

“Estamos conformes en examinar cualesquiera condiciones de paz, pero eso no significa, ni mucho menos, que las aceptemos. Lucharemos hasta el fin por algunas de nuestras condiciones, pero es muy posible que haya entre ellas algunas por las cuales no consideremos necesario continuar la guerra... Lo principal es que queremos poner fin a la guerra...”

Eran exactamente las 10.35 cuando Kámenev propuso a todos lo que votasen a favor del llamamiento levantar sus mandatos. Un delegado probó a votar en contra, pero en torno suyo estalló tal explosión de ira que bajó precipitadamente el brazo... Fue aprobado por unanimidad.

Un impulso inesperado y espontáneo nos levantó a todos de pie y nuestra unanimidad se tradujo en los acordes armoniosos y emocionantes de La Internacional.⁹

Recordemos: era la edad de oro de los corresponsales de guerra: patriotas antes que periodistas. Sin embargo con Reed encontramos una actitud distinta dada su personalidad y sus convicciones políticas contrarias al expansionismo capitalista que pretendía desde entonces su nación original. En todo caso Reed es un patriota de su propio radicalismo.

Reed vivió y escribió sobre el nacimiento de la certeza (¿o sospecha?) que rigió la historia contemporánea: el socialismo desarrollado. Pero ya no vio las tensiones generadas con los años y el agotamiento de la utopía por el vértigo de la economía mundial. La Revolución Mexicana y la Revolución de Octubre nacieron y murieron con el siglo XX. Una –la soviética– cayó con el muro de Berlín en 1989 y otra –la mexicana– con una derrota electoral durante el año 2000.¹⁰

⁹ *Ibidem*. pp. 287-288.

¹⁰ En las elecciones presidenciales de ese año, celebradas en México, perdió la presidencia del País el Partido Revolucionario Institucional, en el poder desde prácticamente 1923, cuando el presidente Plutarco Elías Calles inició desde su cargo las gestiones para constituir el Partido de la Revolución Mexicana, en el que aglutinó a los principales caudillos sobrevivientes del movimiento armado. Por otra parte: para conocer los prolegómenos de “la gran historia” que representa el derrumbe del

John Reed escribió lo que vivió con conciencia histórica. En su relato, lo inmediato trasciende. La noticia como documento, como testimonio, como fuente que el futuro regresará al pasado a través de la historia. *México Insurgente* y *Diez días que estremecieron al mundo* son obras de significado tanto inmediato como histórico. Vayamos por partes. En sus dos obras Reed se limitó a registrar los acontecimientos que él vio y vivió personalmente o que verificó por testimonios fidedignos.¹¹ En tal contexto, *Diez días que estremecieron al mundo* mereció en su momento una lectura como instrumento que enaltece una moral política y como propaganda al respecto. El mismo Lenin, en un prefacio para la edición norteamericana, recomienda “con toda el alma” la lectura de esta obra. Apunta Lenin:

Yo quisiera ver este libro difundido en millones de ejemplares y traducidos a todos los idiomas, pues ofrece una exposición veraz y escrita con extraordinaria viveza de acontecimientos de gran importancia para comprender lo que es la revolución proletaria, lo que es la dictadura del proletariado.¹²

Por ese significado inmediato, *Diez días que estremecieron al mundo* está inscrita como una de las piezas que estimularon la corriente rusófila y la generalización de la utopía en el mundo y para el mundo. Un corriente contrarrestada sin embargo por quienes constataban que aquello era sólo un síntoma del debilitamiento general de la tradición liberal. George Orwell fue uno de ellos a través de un genuino y valiente ejercicio político, intelectual y literario. Sus novelas *Rebelión en la granja*, de 1945, y *1984*, de 1949, corresponden

imperio soviético se recomienda la lectura de *El día que acabó el siglo XX. La caída del muro de Berlín* (Barcelona, Anagrama, 1999) de J.M. Martí Font; una obra de relatos periodísticos y ensayos documentados en contexto a la noche del 9 de noviembre de 1989, cuando cayó el muro de Berlín como acontecimiento vertiginoso que aceleró y precipitó la muerte de la URSS.

¹¹ En el prefacio del autor de la edición estudiada de *Diez días que estremecieron al mundo*, Reed apunta: Este libro es un trozo condensado de historia tal como yo la vi. No pretende ser más que un detallado relato de la Revolución de Noviembre en que los bolcheviques, al frente de los obreros y soldados, conquistaron el poder del Estado en Rusia y lo entregaron a los Soviets.

¹² REDD, John. *Op.cit.* p.195.

—dentro de la sátira y la fabulación del futuro, respectivamente— a críticas agudas y mordaces sobre los controles autoritarios y totalitarios como lo representaba el régimen soviético.¹³

Más allá de las circunstancias y el clima de bipolaridad de aquellos momentos en torno a la publicación de obras como las de Reed y Orwell, piezas como *Diez días que estremecieron al mundo* y *México Insurgente* registran, como advertimos, un significado histórico. El nivel de conocimiento de la información —los sucesos ocurrieron uno o dos años antes de la publicación de los libros (*México Insurgente* fue publicado en 1914 como registro de hechos acontecidos en 1913; *Diez días que estremecieron al mundo* apareció en 1919, registrando hechos de 1917)— le permitió a Reed un tratamiento histórico y proporcionar a los materiales esa categoría, no obstante que en sus respectivos momentos —otra vez lo inmediato— envió artículos y crónicas a los diarios para los que colaboraba y que le permitieron asistir (de lo contrario difícilmente hubiera logrado viajar y por tanto escribir sus memorables obras) a las jornadas claves de aquellos

¹³ En la edición mexicana de Editorial Porrúa del año 2000 de *Rebelión en la granja y 1984* de George Orwell, aparece un ensayo inédito, descubierto en 1971, que, según todas las probabilidades, Orwell escribió para que sirviera de prólogo a *Rebelión en la granja* dada las dificultades reiteradas que superó para publicar la novela en 1945. Se trata de un escrito un tanto destemplado, poco acorde con su reconocido equilibrio y prudencia, que tiene como título “La libertad de prensa”. En ese escrito Orwell se refiere a esa corriente rusófila al señalar la lealtad exenta de toda crítica hacia la URSS. Y cuenta una situación ejemplar al respecto que merece la pena reproducir por tratarse de *Diez días...* Dice Orwell: A la muerte de John Reed [...] los derechos del libro pasaron a poder del Partido Comunista británico, a quien el autor, según creo, los había legado. Algunos años más tarde, los comunistas ingleses destruyeron en gran parte la edición original, lanzando después una versión amañada en la que omitieron las menciones a Trotsky así como la introducción escrita por el propio Lenin. Si hubiera existido una auténtica intelectualidad liberal en Gran Bretaña, este acto de piratería hubiera sido expuesto y denunciado en todos los periódicos del país. La realidad es que las protestas fueron escasas o nulas. A muchos, aquellos les pareció la cosa más natural. Esta tolerancia que llega a lo indecoroso es más significativa aún que la corriente de admiración hacia Rusia que se ha impuesto en estos días. Pero probablemente esta moda no durará. Preveo que, cuando este libro se publique [*Rebelión en la granja*], mi visión del régimen soviético será la más comúnmente aceptada.

movimientos armados en México y Rusia.¹⁴

Pero Reed no sólo cuenta la historia de los momentos decisivos y el perfil de los grandes héroes del *México Insurgente*:

Era miércoles; mi amigo el fotógrafo y yo andurreábamos por una cementera cuando llevó Villa a caballo. Parecía cansado, sucio, pero contento. Refrenó frente a nosotros; los movimientos de su cuerpo eran tan naturales yu de tanto donaire como los de un lobo; se rió dijo:

¹⁴ *México Insurgente* se concentra en momentos ocurridos durante 1913. Ese año fue intenso en acontecimientos fundamentales para el destino del movimiento armado que había iniciado el 20 de noviembre de 1910 con la finalidad de derrocar al dictador Porfirio Díaz, general que había gobernado al país desde 1876. En 1913 Díaz ya estaba fuera del gobierno; Francisco I. Madero presidía la nación, aunque el general Victoriano Huerta, con apoyo estadounidense, usurpó el poder. Madero fue asesinado. Este crimen provocó un repudio general. El Gobernador Venustiano Carranza, de Coahuila, negó el reconocimiento al usurpador y tomó las armas para derrocarlo formando el ejército constitucionalista. La lucha seguiría hasta 1917. En ese contexto llegó Reed a México en diciembre de 1913, con 27 años de edad, como enviado del *Metropolitan Magazine*, órgano de la reforma socialista, y el *New York World*. Desde sus inicios como escritor y periodista, Reed estuvo ligado a publicaciones como *American* y particularmente *Masses*. En la biografía consultada de Reed se explica que *Masses* fue fundada en 1911 como una publicación mensual socialista que desapareció en 1919, cuando precisamente Reed asistió al origen de la URSS. Después de la I Guerra Mundial, moviéndose por territorio europeo como representante del *Metropolitan Magazine*, Reed contempló los movimientos en Europa y consideraba posible la caída del zarismo. Lenin y sus seguidores bolcheviques habían estado reuniendo fuerzas desde abril de 1917 por lo que en el verano de 1917 Reed pensó que la rebelión alcanzaría momentos álgidos los cuales ocurrieron entre el 25 de octubre y el 5 de noviembre (según el calendario ruso; del 7 al 16 de noviembre, según el calendario occidental, 13 días adelantado). Los biógrafos de Reed cuentan que encontrar los medios para que Reed pudiera viajar a Rusia, junto a su compañera Louise Bryant, representó al principio un serio problema. En la página 226, los biógrafos de Reed explican la situación: Uno de los sindicatos periodísticos estaba dispuesto a aceptar a Louise como corresponsal suyo en Petrogrado, pero ninguno de los periódicos y revistas que podían enviar un hombre a Rusia, querían pensar en Jack [John] como representante suyo, sabidas y conocidas sus tendencias y simpatías. Esto dejaba el proyecto en manos de los izquierdistas, los cuales se encontraban sin fuentes de ingresos. Max Eastman quería que representara al *Masses*, pero no tenía dinero. Finalmente el dinero para el viaje de Reed se obtuvo a través de unos fondos proporcionados por Eugen Boissevain,

–Buenos, muchachos ¿cómo va esto ahora?¹⁵

Y de los Diez días que estremecieron al mundo:

En la Sala Grande Trotski daba cuenta de los acontecimientos de la jornada [...].

El menchevique Ioffe quería leer una declaración en nombre de su partido, pero Trotski se negó a abrir “un debate sobre los principios”.

–Nuestros debates se dirimen ahora en las calles –exclamó. Se ha dado el paso decisivo. Todos, y yo en particular, asumimos la responsabilidad por lo que está sucediendo...¹⁶

Reed también atiende los escenarios periféricos y marginales de los grandes episodios y dedica páginas a lo que puede considerarse parte de la microhistoria. La estructura de los libros de Reed (por capítulos temáticos que obedecen a un orden cronológico) le permiten eso, abandonar los grandes sucesos para profundizar en ambientes y atmósferas en torno a las revoluciones a fin de acudir a la esencia de las masas populares, de las que abstrae detalles que sugieren cómo eran aquellas sociedades en proceso de cambios a sangre de armas. En *Diez días que estremecieron al mundo* Reed cuenta en unas páginas que los teatros estaban abiertos todas las noches mientras acontecía el movimiento bolchevique, aunque el Ermitage y todas las demás galerías de pintura había sido evacuadas a Moscú.

Como sucede siempre en tales casos, la pequeña vida cotidiana de la ciudad seguía su curso, esforzándose lo más posible por no reparar en la revolución.

Los poetas escribían versos pero no sobre la revolución. Los pintores realistas pintaban escenas de la historia antigua rusa, de todo lo que se quisiera, menos de la revolución. Las señoritas provin-

leal defensor del *Masses*, y una mujer de la alta sociedad llamada señora McCullough. Si no hubiera sido por los dos mil dólares de la señora McCullough, tal como dijo Eastman, la hoy clásica narración de la Revolución Bolchevique quizá no se hubiera escrito nunca. Cuando Jack y Louise hubieron salido , a bordo del vapor danés “United States”, el 17 de agosto, el periódico socialista de Nueva York, *Call*, y la revista *Seven Arts*, accedieron a publicar también todo lo que Reed les mandara.

¹⁵ John REED. *Op.cit.* p. 146.

¹⁶ *Ibidem.* p. 326.

cianas llegaban a Petrogrado a estudiar francés y canto...¹⁷

Otros ejemplos pueden encontrarse en *México Insurgente*. En el quinto capítulo –de doce– de la primera parte –de seis–, titulada “Noches blancas en la Zarca”, Reed relata una experiencia como huésped en un cuartel revolucionario que le permite transmitir los altos niveles que alcanzó en sus relaciones con sus informantes y como éstos desarrollan conductas distintas a su condición de extranjero, como los son las relativas a usos y costumbres como el baile:

El capitán Fernando me abrazó, diciendo con voz de trueno:

–¡Aquí viene el compañero! ¡A bailar! ¡Adentro! ¡Van a bailar la jota!

–¡Pero yo no sé bailar la jota!

–¡Venga, es fácil! Lo presentaré a la mejor muchaca de La Zarca!

Aquello no tenía remedio. En la ventana se apiñaban las caras y un centenar de gentes se apretujaban en la puerta. Era una pieza común en la casa de un peón, blanqueada, con un piso disparejo de tierra. Los músicos, sentados, tocaban a la luz de dos velas. Resonaron los acordes de “Puentes a Chihuahua”. Se hizo un silencio risueño. Tomé el brazo de la joven bajo el mío y comenzó la marcha preliminar, acostumbrada antes de principiar el baile, en torno al salón. Valsamos difícilmente por un momento o dos cuando intempestivamente empezaron a gritar:

–¡Ora! ¡Ora! ¡Ahora!

–¿Qué se hace ahora?

–¡Vuelta! ¡Vuelta! ¡Suéltala! –un coro perfecto.

–¡Pero si no sé bailar!

–¡El tonto no sabe bailar! –gritó uno.

[...]

Pero Patricio saltó en medio del racimo y Sabás tras él, tomando cada uno a una muchacha del grupo de mujeres que estaban sentadas juntas en un ángulo de la pieza. Cuando yo conducía a mi pareja a su asiento, ellos dieron “vuelta”. Primero unos cuantos pasos de vals; después el hombre se soltaba de la muchacha, castañeando

¹⁷ *Ibidem*. p. 219.

los dedos, levantando un brazo hasta la cintura de la cara, en tanto que la muchacha con una mano en la cadera danzaba tras él. Se aproximaban uno al otro. Retrocedían y bailaban, alternándose, uno en torno al otro. Las muchachas eran torpes y regordetas; rostros indígenas, espaldas desgarbadas y encorvadas de tanto moler maíz y lavar ropa. Algunos de los hombres calzaban botas fuertes, otros no; muchos llevaban pistolas y cartucheras al ciento, y unos cuantos, rifles en bandolera.

El baile lo precedía siempre una gran marcha que se paseaba en torno al salón; entonces, después que las parejas habían bailado dos veces en derredor de la sala, paseaban otra vez.¹⁸

La descripción de Reed es tan detallada y precisa en ese asunto antropológico que recuerda los relatos de los cronistas coloniales del siglo XVII que registraron el nuevo mundo. El capitán Alonso de León en sus *Relación y discursos del descubrimiento, población y pacificación de este Nuevo Reino de León* de 1649 escribe sobre los mitotes de los indígenas del noreste de México, una zona fuera de mesoamérica en la cual los nativos eran seminómadas y cazadores recolectores. Veamos:

Y empiezan a bailar, indios y indias [sic], en una o dos ruedas, en torno del fuego. Los pies muy juntos; los codos salidos y las espaldas medio agachadas. Dando saltitos adelante, casi arrastrando los pies y tan juntos, que la barriga del uno va topando en las nalgas de otro; sin discrepar un punto el uno del otro, cuatro o seis horas, sin cesar. Desde que está ya la noche obscura, cantando a su modo las palabras que quieran; sin tener sentido, sólo consonancia. Y van en ellas tan parejos, que no disuenan el uno del otro; sin o que parece una voz sola. Entran en este corro todos los que quieren, algunas veces ciento, otras más y menos.¹⁹

Si me extendo en subrayar esta analogía entre Reed y un cronista

¹⁸ *Ibidem.* p. 28-29.

¹⁹ *Historia de Nuevo León con noticias sobre Coahuila, Tamaulipas, Texas y Nuevo León*, México, escrita en el siglo XVIII por el Cap. Alonso de León, Juan Bautista Chapa y el Gral. Fernando Sánchez de Zamora. Estudio preliminar y notas de Israel CAVAZOS GARZA. México, Ayuntamiento de Monterrey, 1980. p. 24.

colonial es porque me parece adecuado insistir en una certeza: no es imposible que Reed conociera la obra de los cronistas coloniales, pero lo que pretendo advertir es la relación involuntaria entre relatos fundamentados en la realidad con una distancia de más de dos siglos, así como la intuición de los notarios –periodistas o historiadores de distintas generaciones y geografías– por registrar escenarios y personas distintas a su condición de extranjeros con un sentido agudo de la precisión y el detalle.

Estas miradas periféricas, contenidas en relatos con vida propia dentro de la generalidad de sus obras, no son gratuitas ni folclóricas. A Reed le permiten dotar al gran relato de los sucesos importantes –las revoluciones– de un telón de fondo que incluso le brinda la oportunidad de establecer conclusiones. La quinta y última parte de *México Insurgente*, “Noches Mexicanas”, está conformada por tres capítulos dedicados a la crónica de una casa de juego, un día de fiesta y sobre a la representación escénica del nacimiento de Cristo conocida como pastorelas o “pastores”... una categoría de arte popular que precedió a la edad de oro del teatro en Europa, el florecimiento del Renacimiento. Remata Reed su discurso:

Era jocososo meditar lo que hubiera sido el Renacimiento mexicano si éste no hubiese llegado tan atrasado.

Pero ya baten los grandes mares de la vida moderna, en torno a las estrechas cosas de la Edad Media mexicana: la maquinaria, el pensamiento científico y la teoría política. México tendrá que navegar durante algún tiempo en su Edad de Oro del Drama.²⁰

El extranjero describe lo que desconoce y lo interpreta desde sus claves personales.²¹ El desafío de Reed al transitar la frontera de

²⁰ John REED. *Op.cit.* p. 191.

²¹ En el prefacio para la edición rusa de *Diez días que estremecieron al mundo*, contenida en la página 195 de la edición estudiada, Krúpskaya, esposa de Lenin, señala esta condición de la siguiente manera: Parece raro a primera vista cómo pudo escribir este libro un extranjero, un norteamericano que no conocía la lengua del pueblo ni sus costumbres... Aparentemente debería incurrir a cada paso en cómicos errores, debería pasársele muchas cosas esenciales. [...]. John Reed no fue un observador indiferente, era un apasionado revolucionario, un comunista que comprendía el sentido de los acontecimientos, el sentido de la gran lucha.

Estados Unidos hacia el interior de México en 1913, o cruzar el Atlántico para trasladarse hasta la Rusia de 1917, implica el reto estimulante para el periodismo: dominar técnicas y procedimientos para viajar y permanecer en mundo ajenos. Reed penetró de tal forma que –sin dejar de considerar ese rasgo de radicalidad de su personalidad– desarrolló una relación personal, estrecha y amistosa con sus informantes: los revolucionarios de México, los bolcheviques de Rusia. Dominar técnicas de escritura y procedimientos para recopilar materiales a fin de profundizar en la información a través de una documentación exhaustiva y en un trabajo de campo –la experiencia personal– prolongado y abrumador. Las obras de Reed están levantadas a base de documentación y experiencia, una tarea para la que se requiere dedicación absoluta para sumergirse en territorios desconocidos pero atractivos para, por ejemplo, el radicalismo de Reed.

En este contexto, la obra de Reed muestra una serie de características de un estilo que tendría forma, sentido y hasta nombre hasta los años sesenta del siglo veinte: el Nuevo Periodismo.²² En un nivel técnico, las obras de Reed están elaboradas a partir de la construcción de escenas, la transcripción de diálogos en su totalidad, intercambios de puntos de vista y descripciones. Pero el principal cimiento de sus relatos descansa en la forma de recopilar la información de manera ambiciosa y a niveles de saturación. Por tales consideraciones, las obras de Reed corresponden a relatos escritos con técnicas narrativas supeditada a los contundentes resultados de sus procedimientos periodísticos.²³

²² En su libro *El nuevo periodismo* (traducción de José Luis Guarnier. Barcelona, Anagrama, 1977. p. 69), Tom Wolfe se refiere a *Diez días que estremecieron al mundo* como una obra precedente del estilo de elaboración de relatos que merece su estudio al respecto.

²³ En su libro *Literatura y Periodismo. Una tradición de relaciones promiscuas* (Barcelona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Barcelona, 1999. Pág. 156), el profesor Albert Chillón dedica unas páginas al estudio de la obra de John Reed, de las que concluye: La incorporación de procedimientos novelísticos de composición y estilo se subordina a las exigencias informativas del reportaje. Importa tener presente que *México Insurgente* y *Diez días...* son reportajes novelados valiosos, pero no novelas-reportajes en sentido estricto.

Concentrado en registrar los acontecimientos que vivió personalmente, o que logró verificar, John Reed inauguró sus obras con puestas en escena inmediatas, sin preámbulos: la acción vista a través de la voz narrativa de una primera persona generosa que permite mostrar los hechos a través de un intercambio de puntos de vista:

Procedente de Parral llegó al pueblo un baratillero con una mula cargada de macuche –cuando no se puede conseguir tabaco se fuma macuche– y en torno de él nos confundimos con el resto de la población para obtener noticias.

Esto ocurría en Magistral, un pueblo montaños de Durango a tres días de camino del ferrocarril. Alguien compró un poco de macuche; los demás le pedimos prestado algo y enviamos a un muchacho por unas hojas de maíz. Todos encendimos un cigarro y nos encucillamos de a tres en torno del baratillero, porque sólo hacía unas semanas que el pueblo tenía conocimiento de la revolución.²⁴

Las primeras líneas del primer capítulo de *México Insurgente* ubican de manera directa un escenario –la ciudad de Parral– a través de una tercera persona –un baratillero– y posteriormente una primera personal del plural –ese *nos confundimos*–. El mismo procedimiento acontece en la puesta en escena inaugural de *Diez días que estremecieron al mundo*: intercambio inmediato de una primera persona a una tercera:

A fines de septiembre de 1917 en Petrogrado vino a verme un profesor extranjero de sociología, que se encontraba en Rusia. En los círculos de negocios y de la intelectualidad había oído decir que la revolución había entrado en la fase menguante.²⁵

En las obras de Reed prevalece un punto de vista: el de la primera persona. Un Yo que muestra los hechos por medio de la acción en sus propias palabras. El de Reed es un discurso de autor explicativo, sí, pero dado el carácter biográfico y testimonial de primera mano, la narración es una cita de ese discurso de Reed como personaje: una muestra de los sucesos que fluyen en sus propias palabras y en los gestos coloquiales a través de los abundantes diálogos,

²⁴ John REED. *Op.cit.* p. 9.

²⁵ *Ibidem.* p. 211.

particularmente trascritos en *México Insurgente*:

–¡Hola, Míster! –me gritaron. ¡Aquí viene el Míster a caballo!
¿Qué tal, Míster? ¿Cómo le va? ¿Va a pelear con nosotros?

Pero el capitán Fernando, que encabezaba la columna, se volvió y rugió: –¡Venga acá, Míster! –El gigantón reía encantado.

–Usted irá aquí conmigo –gritaba, dándome palmadas en la espalda. Ahora beba. Y sacó una botella de sotol, medio llena todavía de licor. Bébalo todo, demuestre que es hombre.

–Es demasiado –dije, y sonreí.

–Tómelo –aulló el coro, ya que la tropa se había reunido para ver. Lo tomé; un alarido y un aplauso respondieron confundidos. Fernando se inclinó y estrechó mi mano. –¡Muy bien, compañero! –gritó, balanceándose jubiloso. Los hombres apiñados en derredor estaban divertidos e interesados. ¿Iba yo a pelear junto con ellos? ¿De dónde venía? ¿Qué hacía? La mayoría no había oído hablar nunca de reporteros; uno de ellos lanzó la ominosa opinión de que yo era gringo y porfirista, y que debía ser fusilado.

El resto, sin embargo, se opuso terminantemente a tal punto de vista. Ningún porfirista podía tomar tanto sotol de un trago. Isidro Amaya declaró que durante la primera revolución había estado en una brigada a la que acompañaba un reportero, al que le decía Corresponsal de Guerra. ¿Me gustaba México? Contesté:

–Me gusta mucho México; quiero también a los mexicanos. Me gusta el sotol, aguardiente, mezcal, tequila, pulque y otras costumbres mexicanas. Rieron a carcajadas.

–Ahora estás con hombres. Cuando ganemos la revolución, este será un gobierno de hombres, no para los ricos. Vamos caminando sobre las tierras de los hombres. Antes pertenecían a los ricos, pero ahora me pertenecen a mí y a los compañeros.

–¿Y ustedes serán el ejército? –pregunté.

–Cuando la revolución haya triunfado –fue la sorprendente respuesta– no habrá ejército. Estamos cansados de los ejércitos; fue con éstos que nos explotaba dos Porfirio.²⁶

²⁶ *Ibidem*. p. 22.

La escritura de Reed no se detiene en explicaciones ni acotaciones relativas a los personajes que constantemente aparecen en el discurso. Aparecen en un contexto en el que se entienden. En el caso de *Diez días que estremecieron al mundo*, Reed proporciona una apartado, “Notas y Aclaraciones”, como un glosario que de entrada define y explica una serie de términos soviéticos, además de dar crédito a sus fuentes informativa y revelar el origen de su abundante documentación. Del mismo modo ofrece una serie de apéndices conformados por documentos, discursos y materiales. Esta actitud le permite a Reed despojar a sus relatos de largas acotaciones en beneficio de una narración vigorosa, arrojada, veloz. Sin embargo, el tono explicativo, de síntesis, del resumen de la experiencia y la documentación, se impone por momentos, en particular cuando su propósito es proporcionar los antecedentes inmediatos a los *Diez días...*, por ejemplo:

En este ambiente de corrupción general y de monstruosas verdades a media dejábase oír día tras día una sola y clara nota del creciente coro de los bolcheviques: “¡Todo el poder a los Soviets!

La lucha entre el proletariado y la burguesía, entre los Soviets y el Gobierno, iniciada ya en los primeros días de marzo, se acercaba a su apogeo. Rusia, que había salvado de un salto la distancia entre el medioevo y el siglo XX, ofrecía al mundo asombrado dos revoluciones –política y social– en mortal combate.²⁷

La escritura en estilo libre indirecto le permite a Reed fusionar, sin disgregaciones, el discurso de autor –las explicaciones y los resúmenes en tercera persona– y el discurso de los personajes –en tercera persona cuando muestra a los personajes relatando en sus propias palabras, o en primera persona cuando el propio Reed relata su particular experiencia–. El sentido biográfico y testimonial de primera mano es profundamente genuino y potente en la obra de Reed, lo he subrayado con insistencia. Sin embargo uno de los pasajes más efectivos de *Diez días que estremecieron al mundo* acontece a través de una narración en tercera persona de la que el autor está totalmente

²⁷ *Ibidem*. p. 217.

desmarcado. Al contar el episodio en el que un campesino sube a la tribuna de una asamblea bolchevique para reclamar la desaparición de unos camaradas,²⁸ Reed consigue una distancia notable como narrador con respecto a los sucesos: desaparece en ese momento para mostrarnos el resultado de su profunda penetración en el escenario; escenario que podemos observar porque precisamente *acontece* ante nosotros a través de la construcción de palabras con las que John Reed da forma y sentido a las revoluciones inaugurales del siglo veinte; y nos dice:

La aproximación a la realidad es, ante todo, lingüística. Y para ello el periodismo requiere precisión. Precisión en la información. Precisión en el lenguaje. Es ésta la lección de Jond Reed, la lección del periodismo. Una lección que espero haber aprendido de tal manera que me impida revirar —y a ustedes expulsarme de aquí— que mejor me hubiera dedicado a estudiar lo que le respondí a mi abuela Josefina a mis nueve años de edad.

²⁸ Este episodio, por breve, insignificante y anecdótico que parezca, advierte una de las contradicciones de la lucha revolucionaria de los bolcheviques. Reed lo exhibe desmarcándose de ese “nosotros”, de esa primera persona del plural lejana de la pretendida imparcialidad periodística que comúnmente emplea, para aproximarse al hecho con mayor exactitud y quizá objetividad posible a través del uso de la voz de un narrador que desaparece sólo en ese instante. Pero no obstante sus simpatías a los movimientos armados de 1910 y 1917, Reed se empeña en sus relatos en seguir una línea objetiva de registro de los acontecimientos en el contexto de su mirada subjetiva ceñida exclusivamente a los hechos vividos o verificados.